



Tolupanes, una etnia en vía de extinción.

Por Gilda Silvestrucci

Llegaron de Norte América a finales de la época prehispánica, se ubicaron en varias zonas de Honduras, juntos no suman más de 20 mil personas, viven en hacinamiento, en medio de montañas donde la tierra no les pertenece y en lugares donde las autoridades les mantienen en un olvido, pareciera planificado.



Montaña de La Flor, Francisco Morazán. Ancestralmente han sido víctimas del exterminio. Siempre fueron perseguidos. En épocas pasadas, durante la colonización, para venderlos como esclavos; en tiempos modernos son objeto de indiferencia por parte de los gobiernos de turno. Sus vidas transcurren inmersas en los bosques del departamento de Yoro y Francisco Morazán, donde hay unas diez pequeñas comunidades.

Los Tolupanes, también son conocidos como Xicaques, sin embargo éste último es un término español que se asignaba para referirse a los indígenas rebeldes. En Francisco

Morazán, donde se ubica la capital de Honduras y en el Municipio de Orica, en una de sus montañas denominada La Flor, se encuentra esta milenaria etnia que procede de enclaves sureños del Tronco Hokán-Xioux procedentes de de los pueblos indígenas que vivían al sudoeste de los Estados Unidos y al Norte de México.

Se supone que llegaron a territorio hondureño en sus actividades nómadas por buscar alimentos. Hoy en día, algunos de ellos conservan su lengua, denominada Tol, además siguen vigentes sus formas de gobierno internos, dirigidos por caciques.

Precariedad

En la Montaña de La Flor, ubicada en el municipio de Orica, unos 60 kilómetros al Norte de Francisco Morazán, no es difícil percibir el desinterés que por décadas han mantenido los sistemas de gobierno hacia dicha etnia que tiene unos dos mil integrantes, solo en esta zona.

El camino que hay que recorrer para encontrarse con los tolupanes, es de tierra, por veredas que solo pueden recorrerse caminando o en lomo de mula, durante una hora. Están en medio de la montaña, lejos de

la civilización, andan descalzos, vestidos en ropas sencillas, algunos de ellos en balandranes, (vestuario de una sola pieza, bordado en algunos de sus extremos).

Los más pequeños juegan entre los árboles, sus cuerpecitos diminutos denotan desnutrición, sus ojos vivaces se perciben hambrientos de comida, salud y educación que se les ha negado durante décadas, teniéndolos reducidos a ayudas emergentes esporádicas y a visitas turísticas para mostrarles como un grupo étnico que subsisten en territorio hondureño.

Sus necesidades

Los tolupanes, enfrentan además flagelos como la delincuencia, son víctimas de la deforestación de las zonas donde viven, no tienen títulos de sus tierras, las condiciones de las viviendas son infrahumanas, además de que tienen padecimientos como la tuberculosis y el mal de chagas, comenta Salvador Zúniga, miembro del Consejo de Pueblos Indígenas de Honduras, COPIN.

Las casas donde viven son pequeñas, limitadas a espacios para dormir, construidas a base de lodo y paja, lo que les facilita ser picados por chinches y contagiados del mal de chagas. Las seis comunidades tienen un solo centro escolar, donde no siempre llegan los maestros, y los que se encargan de dar clases imparten la enseñanza en idioma español, por lo que su dialecto está destinado a la extinción.

“Los tolupanes es otra etnia olvidada por nuestras autoridades, ellos no cuentan con ninguna asistencia, ni programas sistemáticos que permitan su mantenimiento y mejoría, al menos en las condiciones básicas, elementales para vivir”, comenta Zúniga.

En medio de ellos se percibe la miseria, verlos es como transportarse inmediatamente, a las comunidades primitivas donde se sobrevivía de la cacería, del cultivo de algunos alimentos y también del trueque, modalidad que todavía practican.

No tienen agua, más que la que baja en los ríos, que se vuelven un cerco impenetrable en temporada de invierno; tampoco cuentan con energía eléctrica, buscan el descanso en las primeras horas de la tarde, cuando la densa neblina, empieza a cubrir los pinares y cuando los animales también empiezan a dar señales de la llegada de la noche.

Hasta ahora, dice José Martínez, cacique de la comunidad de La Ceibita, ubicada en la Flor, tenemos un centro de salud para todos, pero el hospital que se había empezado a construir se quedó en el camino, como otros proyectos que nos habían traído para que pudiéramos producir pescados, antes del golpe de Estado.





“Los tolupanes es otra etnia olvidada por nuestras autoridades, ellos no cuentan con ninguna asistencia, ni programas sistemáticos que permitan su mantenimiento y mejoría, al menos en las condiciones básicas, elementales para vivir”.

“Aquí si alguien se enferma de gravedad y es temporada de invierno, no se puede salir, hay que esperar a que bajen las aguas, no tenemos carros, y si no hay doctores, nos morimos, porque los curanderos pueden algunas cosas, pero no todas”, comenta.

José, relata además, que en muchas ocasiones han pedido a la gente de gobierno que les ayuden con un sistema de telefonía, para así poder al menos pedir ayuda a los municipios cercanos en caso de tener emergencias médicas con su gente.

Los niños muchas veces no van a las escuelas, porque los maestros vienen de zonas aledañas, que son nombrados por la Secretaría de Educación, sin verificar que conozcan el dialecto. Algunos de ellos solo llegan a inicio del año y no vuelven a aparecer.

“Mi hijo, Antonio de ocho años, no va a la escuela, todavía no sabe leer ni escribir, porque la maestra solo vino una vez y se fue, no la volvimos a ver en la escuela” comenta Eladia López, una joven madre que mantiene a sus cuatro hijos a base de cultivos de papa, maíz y frijoles.



Antonio es un niño, con la estatura de un pequeño de cuatro años, su cuerpo es delgado, su cabello negro y liso, sus ojos pequeños y sus pies lucen cubiertos por tierra. Nunca se ha puesto zapatos, mucho menos ha salido de la pequeña comunidad donde interrelacionan con otros pequeños que viven en condiciones iguales.

Tonito, nació en la casa, una partera atendió a su madre, pues según cuenta Heladia, no le dio tiempo de salir de la comunidad; unos días después la llevaron a chequeo y así sucede con la mayoría de mujeres cuando les toca dar a luz.

Cooperantes

Actualmente se ejecutan algunos proyectos que funcionan con ayuda internacional de Cooperación Española y Jaica (cooperación japonesa), con los fondos se construyó el centro de salud y se brinda asistencia para la construcción de las modestas viviendas, a fin de evitar el contagio del mal de chagas.

A nivel de gobierno, no existen organizaciones responsables de la asistencia directa a los grupos étnicos, hasta ahora, se supone empezará a funcionar la Secretaría de las Etnias y el Patrimonio Cultural. Además existe en la secretaria de Gobernación y Justicia una pequeña Dirección e Protección a Pueblos Autóctonos, donde laboran cuatro personas.

